

1

Los Dioscuros, Cástor y Pólux, nacieron el mismo día de la misma madre, pero de padres diferentes. Júpiter, metamorfoseado en cisne, sedujo a su madre, la reina Leda, cuyas inclinaciones sexuales eran, sin duda, dignas de un estudio más pormenorizado que el que yo puedo realizar en este momento. A los nueve meses justos dio a luz a dos niños: Pólux, hijo del padre de los Dioses, inmortal; y Cástor, concebido por el legítimo marido de Leda y, para su desdicha, bien mortal.

Mi hermano y yo también vinimos al mundo el mismo día y de la misma madre, pero no era reina, sino esclava, y no fuimos concebidos milagrosamente por ningún dios, sino de forma muy terrenal por su amo, como tantos otros hijos de esclavas.

Yo, según todos, había salido a la familia de mi padre, los Vitelios —muy alto, de piel blanca que enrojece con facilidad y pelo castaño—, mientras que mi hermano era de estatura media y moreno. Tampoco se parecía a mi madre, pequeña y rubia, por lo que, enseguida, a algún gracioso se le ocurrió bromear sobre su posible origen.

A mí empezaron a llamarme «Pólux», el hijo del amo del mundo, y a mi hermano... «Cástor». De niño la cosa tenía gracia, pero cuando crecimos resultaba un tanto sacrílego llamar a dos esclavos como a los gemelos preferidos por el Olimpo después de Rómulo y Remo, así que yo me convertí en «Longo¹», y a mi hermano, como era muy tímido y un poco tartamudo, alguno intentó apodarlo «Bambalio, el tartaja», aunque en general lo llamábamos «Scaeva²».

El amo, sin embargo, le había cogido gusto a mi apodo de «Pólux», solo que él, alto cargo de la Administración de un César tan amante de la cultura helena como Tiberio, usaba su forma griega, «Polydeuces³». Por supuesto, nadie más utilizaba semejante palabra, y al final optó por llamarme también «Longo», al menos en el trato diario.

Nunca he sido muy devoto y, en ocasiones, dudo de si se debe a que no creo en la existencia de los Dioses o a que, creyendo en ellos, no me caen bien. Pero, de alguna forma, pienso que ese nombre ha marcado mi vida, por su dualidad y, por qué no decirlo, su capacidad para escapar de la muerte...

¿Cuándo empecé esta enloquecida carrera delante de las Parcas?

Sin duda fue aquel amanecer del 786 *a. U. c.*⁴, año del consulado de Cneo Domicio Ahenobarbo y Lucio Arruntio Camilo Escriboniano.

La gente se levanta cada mañana pensando que volverá a vivir, una vez más, la misma tediosa rutina, hasta que llega un día que altera, que transforma, que destruye sus vidas para siempre.

Un día como aquel.

2

Los primeros rayos de sol atravesaron la oscuridad, filtrándose por las grietas entre los tablones que cubrían las ventanas del local.

El miedo me había impedido dormir en toda la noche, así que me levanté cansado, dolorido y con un humor de perros. Bestia, de guardia junto a la entrada, se acercó, apoyó en el carro la inmensa espada germana y me ofreció un cuenco de *mulsum*⁵, pan para mojar, un poco de queso e higos secos.

—Tómame esto —me dijo—, tienes un aspecto horrible.

—Gracias. Es justo como me siento. Añádele agua a ese vino, necesito tener la cabeza despejada; amanece y nuestros visitantes ya deben de estar en camino.

—Si la luz ha llegado hasta aquí abajo, hace ya tiempo que amaneció. Se presentarán de un momento a otro.

Desayuné mientras disponía sobre el mostrador de la destartada tienda los útiles que necesitaría para tratar con los hombres a quienes esperábamos: una báscula, un par de cantos rodados negros, unos trapos limpios, una sierra, un martillo, un pequeño cincel y una cubeta de madera llena de agua.

—¡Flavo, maldito bárbaro! ¡Despierta de una vez! —gruñó Bestia.

Un gigante rubio se levantó despacio del suelo. Lo había traído nuestro antiguo amo de sus campañas junto a Germánico, asegurando que era un verdadero querusco, uno de los feroces guerreros que habían hecho pedazos a las legiones de Varo. Su aspecto imponente —altísimo, rubísimo, ojos casi transparentes, mandíbula cuadrada, espaldas enormes, un pecho como un baúl y extremidades largas e increíblemente musculosas— hacía de él el centro de atracción allí donde fuera.

Solía acompañar al amo como guardaespaldas, aunque, en mi opinión, el verdadero motivo por el que le gustaba llevarlo a todas

partes era para poder usarlo como excusa para hacer derivar cualquier conversación hacia un relato, prolijo y detallado, de sus hazañas en Germania.

Yo, que lo conocía desde que nació, lo recuerdo como un gigante apacible y bonachón, al que le encantaba jugar con los niños de la casa, perseguirnos mientras lanzábamos chillidos de excitación, blandiendo aquella monstruosa espada que ahora reposaba junto al carro, atraparnos, hacernos y dejarse hacer cosquillas y, al final, levantarnos a pulso y hacernos girar sobre su cabeza, para nuestro regocijo y espanto de nuestras madres.

Nunca supe que tuviera que luchar contra nadie; quizás su sobrecogedor aspecto y el de su arma bastaban para desanimar a cualquier posible asaltante.

Me quedé mirándolo unos instantes. Su pelo, entreverado de canas blancas, tenía ahora un aspecto casi albino, su cintura había ensanchado varias tallas y la piel sobre sus músculos, aún fuertes, parecía flácida. «Aunque sigue imponiendo, ya ha empezado a decaer, como todos nosotros, como la misma Roma», pensé.

En aquel momento llamaron a la puerta; unos golpes firmes y breves, que, por algún motivo, me pusieron los pelos de punta. Bestia, el antiguo portero de la casa, se adelantó, levantó la tranca y empujó el enorme portón, primero un poco hacia fuera y luego con cuidado hacia dentro, dejando libre el espacio justo para que una persona pasara con facilidad. Nuestros visitantes entraron de uno en uno; eran tres. Cuando el último hubo cruzado, Bestia cerró rápidamente detrás de él.

El primer hombre extendió el brazo.

—¡Por *Orcus*! ¡Esto está más oscuro que una cueva, no veo ni dónde piso! ¿Qué sois, murciélagos?

Me apresuré a encender el candelabro situado sobre el mostrador y la lámpara de aceite que colgaba del techo. Una luz palpitante iluminó la estancia, una antigua tienda cerrada y abandonada, como tantas otras, alquilada por nuestro patrón para que nos sirviera de base de operaciones cuando acudíamos a Roma.

El local disponía, justo encima, de una vivienda bastante espaciosa comunicada por una escalera interior, donde en tiempos mejores habían vivido el tendero y su familia. Hasta ese día nosotros también dormíamos tranquilamente allí, mientras que el carro y

el equipo se quedaban en la lonja. Pero aquella noche nos despertó un ruido bajo nuestros pies: descendimos a la carrera y en la penumbra apenas alcanzamos a distinguir unas figuras borrosas afanándose sobre nuestro carro. Flavo rugió y se abalanzó sobre ellos mientras lanzaba poderosos mandobles con su espada. Los intrusos, al principio, retrocedieron espantados, pero luego, al ver cómo los golpes del gigante se perdían en la oscuridad, se recobraron y empezaron a girar en torno a él, esquivando sus acometidas mientras trataban de rodearlo.

Cuando la situación parecía más desesperada, se oyó un extraño gorjeo, seguido por un chillido agudo, un golpe seco y, luego, gritos entrecortados. Las sombras huyeron a través del hueco que habían abierto entre los tablones de la ventana, mientras yo me esforzaba por encender una lámpara. Cuando al fin pude distinguir algo vi a Flavo, sudoroso y jadeante, apoyando en el suelo su arma. A su lado, en una esquina, había tres cuerpos, y detrás de ellos, Bestia, el antiguo centurión del amo en Germania, con su gladio⁶ reglamentario en la mano chorreando sangre.

—Flavo, coge a estos tres desgraciados y llévatelos fuera. Apresúrate, bastará con que los dejes un par de calles más abajo, nadie va a investigar. Chico, ayúdame a reforzar esa ventana. A partir de ahora —añadió— dormiremos aquí, no haremos ruido, y al primero que encienda una luz se la hago apagar con el culo.

Uno de los recién llegados se adelantó. Era rechoncho y de aspecto blando, lucía un corte de pelo muy cuidado, un afeitado impecable, una ostentosa túnica de colores un tanto chillones, y un gran falo erecto, en apariencia de oro, y cuyas dimensiones debían de superar con mucho al natural, pensé con malicia, colgaba de su cuello sujeto por una gruesa cadena del mismo material. Cada uno de sus dedos llevaba, al menos, un valiosísimo y exótico anillo, de estilos y diseños muy diversos, demostrando un insólito eclecticismo en sus gustos.

Los otros dos individuos, pese a no tener ningún rasgo físico en común, parecían hermanos: robustos, de aspecto atlético, pelo muy corto y una inquietante mirada serena. El jefe y sus matones.

El gordo recorrió la estancia con la vista, deteniéndose un momento en cada uno de nosotros como si estuviera tratando de de-

cidir a quién debía dirigirse. Iba ya a saludar a Bestia cuando me adelanté:

—*Salvete*⁷, ¿qué es lo que nos traéis?

—*Salve*, muchacho. —Se quedó mirándome durante un momento con aspecto dubitativo—. ¿Eres tú quien está al mando? Perdona... ¿Cómo debo llamarte?

—No soy nadie, así que puedes llamarme «Nemo⁸» —respondí, sin alterar la expresión—. Señor Nemo.

—Muy bien, pues yo soy el señor Verpus⁹ —dijo, mientras exhibía el erecto colgante de su cuello.

Volvió la cabeza hacia sus hombres, y los tres se rieron estruendosamente ante aquella chabacana bravuconada sobre el vigor sexual de su patrón. Nosotros los imitábamos de forma mucho más discreta.

A una señal suya uno de los matones se adelantó y dejó sobre el mostrador una bolsa de cuyo interior salieron un par de bandejas de plata y media docena de copas, de procedencia, a todas luces, muy diversa. Fui cogiendo cada objeto y los olí uno a uno. Aunque poca gente lo sabe, la plata es el único metal que carece de olor, el resto tiene cada uno su aroma particular, más o menos intenso y muy característico. Si has sido medianamente bien entrenado, es fácil distinguir por el tipo y la intensidad del olor tanto su pureza como con qué ha sido aleada.

Cuando hube terminado, aparté una de las bandejas y una copa. En realidad, con esta prueba me bastaba, lo demás era para asegurarme y dar un poco de espectáculo al cliente.

Froté los objetos contra las piedras negras, llamadas *lidias*, y observé el color de la marca que dejaban y que varía en función de las aleaciones a las que hubiera sido sometida la plata. Disponía de un juego de calas para usarlas como contraste, pero no me hacían falta: podía distinguir los distintos metales y sus proporciones de memoria.

Gracias a este sistema se verifica la pureza superficial con precisión, pero no la del interior. Para ello pesé cada objeto, apuntando con cuidado los resultados en mi cuadernillo de tablas enceradas, y luego los introduje en el barreño lleno de agua con una pequeña escala con rayitas y números marcada en un lateral. Anoté también cuánto subía el nivel. Hay una relación entre el peso de

cada material y su volumen, comprobable por la cantidad de líquido que desplaza. Lo descubrió un griego, claro. La verdad: es una prueba que parece muy científica y les quita a los clientes las ganas de protestar.

—La bandeja grande y cinco de las copas son buenas; la bandeja pequeña es de plata aleada con cobre, una tercera parte diría yo, será preciso depurar el material y el costo será alto. La última copa está hecha, hablando claro, con alguna mierda recubierta por una capita de plata. Os la podéis quedar.

El hombre puso cara de asombro; tomé el martillo y el cincel, y, antes de que pudiera hablar, le dije:

—Si quieres la corto, pero la estropearía. Así aún te puede servir para timar a otro.

Giró la cabeza hacia sus secuaces, pero no pude ver sus miradas; el gordo estaba justo delante de mí y tapaba a los otros. Se volvió y se echó a reír otra vez.

—¡Muy bien, chico! ¡Eres realmente bueno! Si alguna vez necesitas trabajo, ven a buscarme.

—De acuerdo —le contesté con expresión imperturbable—. Preguntaré por el señor Verpus.

Esta vez nos reímos todos y la tensión se disipó un poco.

—¿Cuánto puedes dar, chico?

—Todo junto apenas supone un octavo de talento de plata. No tendré en cuenta el costo de separar el cobre de la segunda bandeja, porque aunque, seamos sinceros, todo esto parece la cacharrería de mi abuela, por lo que nos han asegurado tenéis material para hacer negocios de verdad y este lote debe de ser solo alguna especie de prueba. Si no es así, decídnoslo, por favor, y nos ahorraremos todos perder el tiempo. Bien, con todo eso, puedo sacar de aquí, descontada nuestra comisión de un cuarto, unos ciento treinta denarios redondeando, denarios buenos, de los de Augusto, no esa mierda que emite ahora Tiberio.

El gordo se levantó de un salto, indignado.

—¡¡¡Una cuarta parte!!! ¡¿Estáis locos?! ¡Si las llevo a la ceca del templo de Juno Moneta solo me descontarán un décimo!

—Tienes razón —convine con él—. Deberías llevarles todo esto. No veo por qué no lo haces.

Se volvió, una vez más, hacia sus hombres. Se sentó y gruñó.

—Lo siento, chico, no puedo aceptar eso. ¿Es tu mejor oferta?

—Depende, como ya te he dicho, nuestra comisión puede variar en función del volumen del negocio. ¿De cuánto hablamos, realmente?

Se removió en su asiento, guardó silencio durante algunos momentos y luego me miró y dijo:

—Para esta primera operación, cincuenta talentos.

—¡Mierda! —se me escapó, impresionado—. ¡El rescate de César!

El amo nos dejó para que aprendiésemos a leer un viejo libro de su hijo sobre la infancia y juventud de César, Alejandro y otros grandes héroes. A mí siempre me encantó la historia de César y los piratas.

—Vaya, un perista culto. Tranquilo, muchacho, no hablamos de oro, solo de plata... aún.

Negociamos durante un rato y, al final, cerramos en un séptimo. Estábamos ante el negocio de nuestra vida.

Decidimos que yo los acompañaría hasta su almacén para valorar in situ lo que ofrecían. Flavo, nerviosísimo, insistía en venir conmigo, pero lo disuadí.

—Tranquilo, no me van a hacer nada: no llevo ninguna cosa de valor, nadie pagaría un rescate por mí y, además, Lelio Balbo responde por ellos.

Bestia, junto a la puerta entreabierta, me agarró al pasar el hombro con su manaza.

—Ten cuidado, Longo, y mantén los ojos bien abiertos —me dijo, a modo de despedida.

Al salir, el brillo del sol me cegó y solo poco a poco conseguí distinguir lo que me rodeaba. Desde hacía tiempo apenas salía a la calle de día y andando. Siempre entrábamos en la ciudad tras el ocaso; dado que la normativa sobre carros seguía vigente, nos cerrábamos en nuestro refugio y, al terminar, nos marchábamos también por la noche. Si en la oscuridad el espectáculo ofrecido por las calles era aterrador, a plena luz sobrecogía.

Habíamos alquilado la tienda en una *insula*¹⁰ de alto nivel en el populoso y tradicional barrio del Aventino, en una zona, hasta hacía poco, de clase media y muy comercial, entre el Emporio y el Circo Máximo. Tenía, además, la ventaja de ser accesible con fa-

alidad desde la vía Latina, nuestra ruta habitual para entrar en Roma.

Era un sólido edificio de cuatro alturas, con estructura de piedra y ladrillo en las dos primeras, situado junto a una bonita plazuela adornada por una fuente con forma de escultura de Tritón. Estaba directamente comunicada con el *vicus*¹¹ Piscinae Publicae, una de las dos grandes arterias del barrio, por medio un callejón bastante amplio... para tratarse de Roma. Un lugar discreto y céntrico, con numerosos bloques de apartamentos bien construidos, todos con desagües propios en el patio comunicados con red general de alcantarillado y alguno, incluso, con agua corriente en los primeros pisos.

Por aquella época las calles principales estaban vigiladas, al menos durante el día, por las cohortes urbanas y los *vigiles*¹², pero las secundarias habían sido, simplemente, abandonadas a su suerte.

El aspecto que presentaba nuestra, hasta hacía bien poco, coqueta plazuela era una muestra palpable de la situación a la que había llegado Roma: mendigos de toda clase y edad te acercaban sus temblorosas manos esqueléticas, unos sin levantar la vista del suelo, otros clavando en ti sus ojos desesperados y hambrientos; bandadas de niños, sucios y desnutridos, corrían detrás de nosotros suplicando algo para comer; un grupo de hombres reunido en los soportales nos observaban con miradas voraces.

Dos matones más se nos unieron al salir. Avanzamos en formación de cuadro, con un hombre en cada esquina mientras el jefe y yo permanecíamos en el centro. Los sicarios sujetaban gruesos garrotes bien a la vista, y era evidente que escondían armas mucho más efectivas... y prohibidas.

Allí donde mirases veías comercios y talleres cerrados, *insulae* enteras en venta o en alquiler; otras, abandonadas, presentaban un aspecto sucio y destartado y se iban deteriorando con rapidez. De su interior salían columnas de humo, ruidos y voces, provenientes de los mendigos que habían encontrado allí un refugio temporal y cuyas fogatas amenazaban con provocar un incendio catastrófico que arrasaría el barrio. Bestia tenía razón: debíamos convencer al patrón para buscar otra base de operaciones.

Tres figuras apretujadas en el suelo junto a la pared de una casa llamaron mi atención. Eran una madre y sus dos hijos pequeños.

Los niños, famélicos, con los ojos hundidos, la piel pegada a los huesos, las venas asomando palpitantes y las barrigas vacías paradójicamente hinchadas, se aferraban a los harapos de su madre, que yacía inmóvil, emitiendo como único signo de vida un ahogado y monótono lamento. Sin saber por qué me vino a la cabeza la imagen de mi propia madre y ya no pude desviar la mirada. Cogí los higos y el queso que no había tenido tiempo de terminar en el desayuno, eché a correr y se los entregué. Ella se volvió sin cambiar su expresión perdida, mientras los niños se encogían, aterrados, clavando en mí aquellos ojos redondos y saltones. Di media vuelta y regresé a la seguridad de mi grupo.

La banda que nos observaba, vigilante, se abalanzó sobre la desgraciada familia, los golpearon con un absurdo e innecesario ensañamiento y les arrebataron aquellos restos. Me quedé allí mirando, sin saber qué hacer, hasta que uno de nuestros escoltas me cogió del brazo y me obligó a seguir mientras gruñía entre dientes.

—¡Imbécil! ¡Vuelve a salirte del cuadro y te dejo solo en mitad de la puta calle!

¿Esta era Roma, la dueña del mundo? ¿A esto habíamos llegado? Me acerqué al jefe y le pregunté:

—¿Cómo es que hay gente muriéndose de hambre? ¿Qué ha pasado con la *annona*¹³?

—Nuestro ilustre emperador, el magnánimo Tiberio, vela por la buena marcha del Estado —me contestó, aséptico—. Como los ingresos han disminuido, por culpa de esta mala época con que nos han maldecido los Dioses a causa de la impiedad de la plebe y los perversos manejos de Sejano y sus cómplices, ha decidido reducir los gastos. Eso no quiere decir que haya dejado de cuidar de su pueblo —se apresuró a puntualizar, desviando durante un segundo la mirada—, al contrario. Aunque supone un gran esfuerzo, se sigue repartiendo la misma cantidad de siempre, pero, como ahora son muchos más los que solicitan el auxilio de su generosidad, ha decidido aplicar las normas con rigor, excluyendo a todos los «no ciudadanos» completos, es decir, libertos no censados, esclavos y extranjeros. Gracias a esta sabia medida la mayoría de los verdaderos romanos consigue su ración de trigo —me pareció ver una mueca en su boca—, siempre y cuando estén lo bastante ade-

lante en las colas del pórtico de Minucio y sean lo suficientemente fuertes para defenderla.

—¿Y estos? —dije, señalando a los mendigos.

—Esclavos a quienes sus amos no pueden mantener, liberados de manera legal, ilegal, o arrojados sin más trámites a la calle; extranjeros llegados a la capital del mundo en busca de una oportunidad; ciudadanos ancianos, enfermos o niños abandonados por sus padres. Son tiempos duros, sobre todo para los débiles.

3

Desde hacía años, la situación económica había sido tema recurrente de conversación en casa de mi difunto amo, Publio Vitelio, un senador estrechamente vinculado a Tiberio y a su entonces mano derecha, Sejano.

Aunque al principio de su carrera había acompañado a Germánico en calidad de legado durante sus campañas para vengar la derrota de Teotoburgo, no congeniaron, por decirlo con suavidad, demasiado. Su expedición, según él, había sido un completo fracaso que había consagrado la pérdida para Roma de los territorios entre el Rin y el Elba, y si sus legiones no habían terminado como las de Varo, o peor, había sido solo gracias a sus legados. Despotricaba de manera abierta contra «el principito», a quien calificaba de «hipócrita ambicioso, engreído e incompetente, preocupado tan solo por su imagen en las calles de Roma»; de «petimetre manejado por la arpía de su esposa» o de «estúpido egoísta, cruel y cobarde, capaz de abandonar a miles de sus hombres para que murieran ahogados solo por disponer de más sitio en su barco». Y cosas aún peores. El origen de su inquina contra el popularísimo sobrino del emperador se remontaba —según me contó Bestia— a la retirada del ejército tras su primera e infructuosa campaña contra Arminio, en la que perdieron el tiempo persiguiendo fantasmas, enterrando huesos y dedicándose al pillaje. Cuando al fin llegó el frío, sin haber podido encontrar al enemigo y con toda la provincia unida como jamás lo había estado por su odio a Roma, Germánico decidió retirarse a Las Galias.

Creyó más cómodo, rápido y seguro hacerlo por mar, pese a que le advirtieron una y otra vez de los peligros de aquellas aguas en esa época del año. Como no había previsto nada para tal eventualidad —ni para ninguna otra, según mi amo—, no disponía de suficientes embarcaciones, un problema que solucionó de forma bien sencilla: dividiendo el ejército. Abarrotó las naves que tenía

de soldados y envió al resto por tierra, con el botín, ¡y a través de un pantano! Los germanos, naturalmente, los emboscaron y casi los aniquilan. Los demás zarparon rumbo al Hades. A medio camino, los sorprendió una violenta tormenta; Germánico, aterrado por el monstruoso tamaño de las olas, decidió aligerar los barcos y ordenó dirigirse a tierra de inmediato. Luego hizo desembarcar sin más, en el primer punto de la costa que tocaron, a dos legiones, la Segunda, donde servía Bestia, y la Decimocuarta. Publio Vitelio quedó al mando de ambas.

En aquellos lugares el terreno es increíblemente plano. El mar, sin nada que lo detenga, penetra millas hacia el interior cuando sube la marea, sobre todo en esa época del año, cuando Aquilón, el temible dios de los vientos del norte, junto a cuyo gélido palacio debían de encontrarse, sopla con toda su fuerza. Doce mil legionarios, más sirvientes, artillería, carros de pertrechos y animales de carga, sin conocer en realidad ni dónde se encontraban ni el peligro que corrían, se pusieron en marcha tratando de alcanzar un lugar elevado.

Al principio lo hicieron de forma ordenada, contentos incluso por haber bajado de aquellos malditos barcos. Cuando las olas alcanzaron los últimos carrromatos, muchos bromearon, hubo carreras y se oyeron risas, pero, al ver que el mar continuaba avanzando cada vez con más rapidez, engullendo todo cuanto encontraba a su paso, la alegría dio paso al pánico y la retirada se transformó en una huida sin control.

Sobre el suelo cenagoso de aquella interminable marisma que desaparecía por momentos bajo el agua, una masa compacta se lanzó a una carrera desesperada, aplastando bajo sus pies a todo aquel que tenía la desgracia de caer. Los rezagados eran arrastrados por olas gigantescas hacia las profundidades, oscuras y heladas. Miles de hombres encontraron así una muerte horrible y sin gloria. Nuestro amo intentó hasta el final mantener el control, pero a punto estuvo de ser asesinado por sus propios soldados para tratar de apoderarse de los caballos que montaban él y sus oficiales. Lo salvó el propio Bestia, entonces un simple legionario, ganándose con ello su gratitud eterna... y un jamelgo decente con el que salir de allí, solía contar guiñándome un ojo.

Cuando Germánico murió, Publio Vitelio, aprovechando que

había servido bajo sus órdenes, se postuló como uno de los acusadores contra Pisón, su supuesto asesino, pero al mismo tiempo defendió a Tiberio con bravura, esforzándose en desligar la figura del emperador de la de su subalterno, ya condenado por la plebe. Gracias a esta hábil maniobra, fue admitido en las más altas esferas gubernamentales, y, cuando el César marchó a Capri, se convirtió en un íntimo colaborador de Sejano. A su sombra fue medrando, acaparando influencia, poder y riquezas. En los últimos tiempos se había ocupado nada menos que del Erario, las finanzas públicas, un puesto solo superado en importancia, quizás, por el del propio prefecto del pretorio.

Toda Roma buscaba su amistad... y sus favores. Nuestra casa estaba permanentemente rodeada de gente suplicando ser recibida, y su portero, el bueno de Bestia, obtenía más «ofrendas» que el mismísimo Júpiter Capitolino. Incluso sus esclavos éramos objeto de las mayores atenciones allá donde fuéramos.

Los buenos tiempos.

Pero, poco a poco, su postura se fue volviendo cada vez más crítica. En las cenas solía mantener acaloradas conversaciones con sus íntimos, en especial con su mejor amigo y colaborador, Cotta Mesalino, el banquero Balbo y algunos otros, todos senadores, hombres de negocios influyentes o cargos importantes de la Administración.

—¿Cómo no va a escasear el dinero?! ¡Está todo enterrado en el templo de Saturno, en el Palacio y en saben los Dioses cuántos sitios más! ¡Por Hércules! Siempre he apoyado la política de austeridad y ahorro del César, Cotta, tú lo sabes, pero incluso las mayores virtudes, si no se practican con moderación, pueden transformarse en el peor de los vicios. ¡No gasta en nada, no para de recaudar y de acumular el dinero! ¡Va a secar el Imperio!

—Entonces..., ¿es verdad eso que cuentan, hay más de dos mil millones de sestercios en el Tesoro?

—Eso y mucho, mucho más: en monedas, en lingotes, en objetos y joyas sin fundir... Os lo he dicho un millar de veces.

—¿Y que Tiberio pasa días encerrado, contando su fortuna?

—¿Y que duerme en las bóvedas, sobre su oro?

—¡Joder! Y luego echa la culpa a los ricos por acaparar el dinero para especular.

—Pues yo no conozco a nadie que no esté hasta el cuello de deudas.

—Tampoco exageres.

—¡No exagero! A ver, ¿a cuántos conoces tú que no se pasen la noche en vela cada vez que se acerca el vencimiento de un crédito?

—¡Dímelo a mí! La falta de numerario está disparando los intereses —terciaba Lelio Balbo, cabeza de la saga de banqueros de origen fenicio-hispano— y haciendo caer nuestros depósitos en picado. Cada vez cuesta más recuperar los préstamos, los deudores piden prórroga tras prórroga y nadie quiere pagar.

—Pero no es solo eso —le apoyaba Pettio, otro banquero—, todo va cada vez peor. Las ventas, y con ellas los precios, de cualquier clase de producto se han hundido, no importa si son alimentos, telas, herramientas, muebles..., incluso inmuebles. Cada día acuden clientes solicitando créditos, poniendo como garantía fincas que no se sabe, realmente, cuánto pueden valer ahora. Se está tardando meses en vender propiedades, cuando hasta hace poco no necesitabas ni colocar un cartel para tener a los compradores haciendo cola... Y eso en el propio centro de Roma; en los barrios hay casas que ya ni se intentan sacar al mercado.

—Igual no se venden porque los banqueros no soltáis un miserable sestercio. ¡El otro día, en una subasta de bienes confiscados a los enemigos del Estado fue preciso anular más de la mitad de las adjudicaciones porque los compradores no consiguieron financiación para pagar!

—No podemos prestar como antes, la situación económica es la que es y ahora no basta como garantía una simple hipoteca, es necesario demostrar solvencia y capacidad de pago... Además, a nadie le sobra el dinero, por tanto, nadie ahorra; en cuanto colocamos nuestros bancos en el Foro se arremolina gente para sacar fondos y muy pocos para dejarnos depósitos, y a estos debemos pagarles unos réditos exorbitantes.

—¡Solo me faltaba ver llorar a los banqueros y a los terratenientes! Cada vez que salgo a la calle hay cerrada alguna nueva tienda o algún taller, no sé cómo la gente aguanta...

—Por el reparto de trigo y por miedo a los pretorianos.

—Es todo lo mismo: no hay dinero y, sin dinero, nadie puede comprar ni vender nada.

—Hay otro problema —añadía Pomponio Segundo, otro habitual de aquellas reuniones—; ahora todo el mundo espera para comprar porque sabe que cualquier cosa valdrá mañana menos que hoy, lo cual reduce aún más el volumen de dinero en circulación y agrava la situación.

—¡O se guarda sus pocas monedas por puro miedo a lo que vendrá!

—No sé qué va a pasar si no se hace algo pronto...

—¿«Si no se hace algo»? ¡Nosotros somos quienes debemos hacer algo!

—Tiberio es como esos ancianos que viven miserablemente mientras ahorran hasta el último as en previsión de un futuro que ya no tienen. Luego, cuando mueren, sus felices herederos descubren millones debajo del colchón de su sórdida alcoba.

—Calígula cuenta con ello, seguro —gruñó Balbo.

—¡Gayo Germánico! ¡Menudo heredero! ¡Cada día me recuerda más a su padre!

—Pues Tiberio chochea, su nieto es aún un crío y Druso está de atar, así que ya me diréis qué futuro nos espera...

Las conversaciones se iban animando según avanzaba la noche y se consumía el vino de las cráteras, colocadas en el centro de la sala al estilo de los simposios griegos. Esa moda se impuso por aquella época entre las clases altas de Roma, dispuestas, al parecer, a imitar en cada cena *El banquete*, de Platón, con la esperanza de halagar así al emperador, gran admirador, según decían, de la filosofía helenística.

Cotta solía apuntar que era un esfuerzo inútil, porque Tiberio no era, evidentemente, un admirador de Platón y su *República*, sino de Diógenes. Casi siempre soltaba el mismo chiste hacia el final de la noche y todos se reían mucho.

Nunca dejó de llamarme la atención cómo aquella gente, que dedicaba el día a encontrar nuevas formas de adular al César, se pasaba la noche burlándose de él con auténtica ferocidad, en especial tras su retiro en Capri. No me animo a reproducir todo cuanto decían, porque aún sigue existiendo el delito de lesa majestad, y no quisiera terminar —si escapo de esta— como acabaron todos ellos. Bueno, no todos, el escurridizo Pomponio y el miserable de Cotta supieron reptar por aquel mar de sangre y se

salvaron, mientras tantos otros, mucho menos responsables que ellos, perecían de la forma más atroz.

Con frecuencia, sobre todo hacia el final, nos visitaba el propio Sejano, aunque en esos casos todo era mucho más discreto y a los esclavos no se nos permitía quedarnos. Dejábamos las viandas junto a las puertas cerradas, alguien de confianza del prefecto salía, las recogía y dejaba en su lugar las fuentes y las ánforas vacías.

Así eran los viejos tiempos, y al recordarlos ese día, mientras cruzaba Roma, me parecieron felices. Desde entonces la situación no había hecho más que empeorar, el amo estaba muerto y mi familia, la que formábamos todos cuantos vivíamos en aquella casa donde nací, había sido destruida.